

hegemonía asiática, y lo hubieran seguramente conseguido, si el recelo de las potencias europeas y más que nada la habilidad de Rusia, no hubiesen dificultado la peligrosa intrusión del enemigo.

La semejanza de raza, de tradiciones, de costumbres, de espíritu, de lengua, traía consigo una influencia del Japón en China, fundada en los principios de la lógica. Por otra parte, el asombroso ejemplo que ofrecía la rápida transformación de aquel Imperio, no podía por menos de despertar la admiración del segundo, estimulándole á seguirlo. Algunos reformistas chinos, la que pudiéramos llamar escuela de los revolucionarios letrados de Cantón, espíritus avisados, comprendieron que el porvenir era ése, y en tal empeño de dirigir la política china, renovando en este Imperio su propia transformación, no han cejado los japoneses. Si los propósitos atribuidos á la visita del Marqués Ito á Pekín en 1898 no se realizaron, fracasando el proyecto de encargar á japoneses ilustrados de la organización y regeneración del Imperio chino gracias á las gestiones de la diplomacia europea y á los celos de la Emperatriz viuda, los japoneses, con la perseverancia propia de su raza, no abandonan esas miras.

Impulsado por la importancia de sus relaciones comerciales con la China, y más aún por sus anhelos de expansión y engrandecimiento, el Japón no renuncia á la tutela del enfermo en día tal vez no lejano. Su proximidad inmediata, la facilidad de sus transportes, el vigor y disciplina de su raza y de su ejército, las admirables condiciones demostradas en todas ocasiones, justifican el derecho del Japón á civilizar y modernizar la China. Lazo de unión entre el Oriente y Europa, á él corresponde lógicamente la misión de europeizar los orientales. Los celos, envidias y egoísmos de las grandes potencias europeas, dificultando su misión, la harán tal vez imposible, con gran perjuicio de la civilización que representan y aun también de sus propios intereses.

VII.—España y las demás potencias.

En vista del ejemplo de las grandes potencias, singularmente de Alemania, la simpática Italia, patria del arte, se creyó en el

deber de gran potencia de intervenir directamente en los negocios del Extremo Oriente. Nada colonizadores hoy, agobiados bajo el peso de unos impuestos grandes, debieran los italianos reducirse á robustecer su unidad nacional más que á lanzarse á la conquista de territorios asiáticos. Pero la fiebre de la colonización, justificada en Inglaterra y Alemania por sus excepcionales circunstancias económicas, contagió á Italia, empujándola hacia China, no obstante el poco éxito de sus ensayos coloniales anteriores.

Deseosa Italia de marchar con la corriente moderna de expansión colonial, pidió de golpe al Tsungli-Yámen la cesión de la bahía de San-Mun, á lo cual respondió China con verdadera cómica insolencia devolviendo la Nota diplomática. Ciertamente, la petición de Italia en esa forma fué con exceso violenta, exponiéndose á la situación difícil de que ha salido por la complicación posterior de la revolución armada. La exigencia de otro puerto por una nación que no argüía como derecho á poseerlo intereses comerciales adquiridos, fué la gota de agua que desbordó la indignación de los Mandarines chinos, tras la brusca toma de Kiaochao por Alemania. Pero preciso es reconocer que las potencias, cruzándose de brazos y no exigiendo á la China una inmediata reparación á Italia, consintió el desprestigio de Europa á los ojos de los chinos, desprestigio universal cuyas consecuencias trágicas se han tocado en los sangrientos sucesos posteriores.

En más desventajosas condiciones que Italia, no podía Austria actuar de gran potencia en el Extremo Oriente, donde carece de intereses que defender y casi que fomentar. Su misión, pues, se ha reducido en los cinco años que lleva de relaciones diplomáticas con China, á ser espectadora del desarrollo de los sucesos y á prestar su apoyo, puramente especulativo, á la política alemana.

La activa Bélgica, hormiga de las naciones, trabajadora, fabril, ambiciosa, pletórica de salud y de riqueza, pequeña, pero admirable, favorecida por su situación neutral, á la sombra de Francia, ha enviado á China sus capitales, sus maquinarias, sus ingenieros, en negocios de ferrocarriles y en esperanza de mayores empresas, ofreciendo un envidiable ejemplo que imitar de vida, de energía y de pujanza.

La laboriosa Holanda, nación tan pequeña en cantidad como en calidad es grande, poseedora todavía de un vasto imperio colonial en el Extremo Oriente desde la época en que, después de Portugal, era la única nación que llegaba á las costas de la China enviándole Embajadas, admirable colona de Java, cuya organización presentase como modelo colonial del mundo, deseosa de dar salida á los productos de su industrioso pueblo, espera la ocasión de engrandecer en China sus intereses mercantiles cada día, ensanchando su mercado.

En cambio, Portugal, hijo pródigo de España, decano de los pueblos europeos en la China, poseedor secular de la colonia de Macao, á quien corresponde, con España, la gloria de haber llevado al interior del Imperio la civilización del espíritu cristiano con sus admirables Misioneros, arrollado por el moderno movimiento comercial, no interviene para nada en los asuntos del Extremo Oriente. Concediendo solamente á título honorífico la Plenipotencia de Pekín en favor del Gobernador de Macao, el cual ni viene á la Corte del Imperio, Portugal sólo se hace recordar en Pekín en el cementerio de Sha-la-él, en donde duermen el sueño de la eternidad, inspirando melancolía incomparable, los Misioneros portugueses que allí murieron enseñando la doctrina de Cristo.

No habiendo sabido transformarse acomodándose al movimiento moderno y entrando por el camino decidido del trabajo, de la industria, del comercio, á la manera de Holanda y, sobre todo, de Bélgica, sus hermanas de un día cuando todos estos reinos se engarzaron como perlas en la triunfal corona de nuestra desventurada España, el pueblo portugués aparece condenado á la inacción, contemplando con dolor el espectáculo de las demás naciones en la China, sin más consuelo que el de volver los ojos á su pasado glorioso, relatando las aventuras de Gama y recitando los versos de Camóens.

En cuanto á España, reducida á sí misma tras las últimas catástrofes en que perdiera, con los últimos restos del mundo que descubriera y conquistara, las posesiones que en el Extremo Oriente la colocaban en relación forzosa con la China, no tiene hoy ya por qué mezclarse personalmente en la política que en ella se des-

arrolla. Pero si España debe desistir de todo empeño de colonización conquistadora, debe, enseñada por sus crueles experiencias, aspirar á realizar una nueva misión de la que surja su futura grandeza, penetrándose de que el Destino, el Acaso, el Hado, la Casualidad, la Suerte, la Fortuna, son palabras, palabras y palabras, inventadas por el suicida fatalismo de la indolencia, y de que la única verdad vencedora de todos los obstáculos es la voluntad en la lucha del trabajo.

El no tener en el Extremo Oriente intereses materiales, no es razón para que abandonemos el lugar en el que luchan los intereses económicos de Europa, llamados por eufemismo intereses políticos. Antes por el contrario, el no tenerlos es una razón de ir á crearlos, empezando el camino de la política económica de que depende el porvenir de nuestra patria. Buscando su engrandecimiento en el trabajo interior, debe España seguir abiertamente el camino de las naciones poderosas solicitando en los mercados extranjerós materias primas para transformarlas, puntos de venta para sus productos. No se rehace la grandeza de los pueblos desgraciados con la ficticia nivelación de un presupuesto, cercenando los gastos sin más principio económico científico que el de una igualdad numérica. Los pueblos se levantan en el día fomentando sus ingresos de riqueza, y esos ingresos sólo se consiguen fomentando los medios del desarrollo económico de un pueblo.

Retirarnos voluntariamente de la China, renunciando á las ventajas económicas que el porvenir tiene allí reservadas al comercio y á la industria de la patria, para hacer de economía unos miles de pesetas anuales, es un error solicitado por muchos, mas no por eso menos perjudicial á los intereses en cuyo nombre se habla. Ahora mismo desempeña España un papel decisivo en el final desenlace de la tragedia de Pekín, por ser el Representante de la patria el Decano del Cuerpo diplomático. Las condiciones de inteligencia y de carácter que adornan al Sr. Cologan, han dado á España una importancia grande en las trascendentales negociaciones emprendidas.

Es necesario que los comerciantes é industriales españoles acudan á aquel vasto mercado de la China á luchar por la exis-

tencia. La prolongación de la línea de vapores entre España y Filipinas hasta Shanghai, capital comercial de todo el Extremo Oriente, la creación de sucursales de casas de banca española para facilitar el tráfico, por el cambio, y más que nada la representación de casas españolas en los puertos de la China, la formación de sindicatos para explotar las futuras empresas, son de absoluta necesidad, dado el carácter de los tiempos modernos. Es verdaderamente doloroso que los vinos de Jerez y de Málaga, que el tabaco de la Habana, en los tiempos en que era colonia nuestra, se vendieran en China adulterados por casas holandesas, que el cigarrillo filipino fuese desconocido en un mercado que consumía cigarrillos egipcios en cantidad exorbitante, á precios mucho mayores. Es necesario que España salga de su inacción, de su aislamiento, que acuda á los lugares de la lucha á competir con su esfuerzo. Es preciso reaccionar contra ese espíritu suicida de depresión que se ha apoderado de cierta gente, llevándoles al exceso criminal de pedir para la patria una *capitis diminutio* públicamente vergozosa, sin razones que lo justifiquen.

Mil veces más cruel que nuestra guerra con los Estados Unidos fué la *débâcle* de la Francia, cuando cientos de miles de soldados se rendían ante los muros de Metz y de Sedan y el Rey de Prusia se coronaba en París Emperador de Alemania en presencia de las banderas conquistadas por Napoleón I. Mil veces más enojosos para la vanidad nacional que nuestros reveses en Cuba y Filipinas fueron los sufridos por Italia en las salvajes regiones de Abisinia. Y, sin embargo, ni en Italia ni en Francia se abatieron los espíritus con el dolor de la derrota, sino que antes se animaron con la esperanza de un próximo desquite.

En vez de proseguir en esta obra de criminal ignorancia, sólo en España conocida, en este auto-des crédito que practican muchos españoles empeñados en rebajar la patria, en empedaño-cerla indignamente, debe el verdadero patriotismo levantarse y querer. Nunca como ahora se halló España en condiciones de emprender el camino de un engrandecimiento nuevo. Tan sólo falta para realizarlo la voluntad de quererlo. Dió España prueba de un patriotismo real, aun cuando ciego, entregando en sus últimas guerras cuanta sangre se le pidió, sacándola de sus venas en

soldados. Dió España prueba nueva de patriotismo, aceptando sin protesta los impuestos con que saldar la deuda de sus guerras desgraciadas. El pueblo que hace eso prueba con ello vitalidad de grandezas. Para ser grande sólo necesita la voluntad. En esto de la voluntad está el problema de la política nacional é internacional de España.

Por la ley de los extremos, tan peculiar á las razas meridionales y latinas, á la leyenda de oro del invencible heroísmo castellano ha sucedido la leyenda negra del abatimiento de la raza. Muchos espíritus torpes, ignorantes de todo lo extranjero y de la historia, se complacen en el auto-desprestigio, repitiendo con sus labios neciamente desdeñosos las palabras degeneración y decadencia. Ciertamente atravesamos una época de crisis dolorosa, una gran enfermedad de la nación, mas las enfermedades de los pueblos pasan y las razas con nueva savia se reponen. En la más grande de las abyecciones parecía estar España en el reinado de Enrique el Impotente, y en el siguiente reinado se realiza por los Reyes Católicos la unidad nacional con Cisneros, las conquistas de Italia con Gonzalo de Córdova y el descubrimiento del Nuevo Mundo con Colón.

Todos los pueblos, como todas las épocas, pueden ser acusados de degeneración y decadencia. Oid á los enemigos de las más grandes naciones, y escucharéis únicamente las palabras degeneración y decadencia.

De degeneración y decadencia acusarán á Francia, diciendo que su población disminuye cada día á consecuencia de la desmoralización de las costumbres que en la esposa de la madre hace manceba, como en los tiempos de la Roma corrompida; que su literatura, desde hace más de medio siglo, es el impúdico escenario ó el cínico escaparate de la más vulgar de las lascivias convertida en Musa nacional; que el proceso escandaloso de un capitán judío conmueve más á la opinión que la ofensa de Fashoda inferida por el eterno rival predominante, altivamente alardeando de su fuerza. Y sin embargo, la nación francesa es grande.

De degeneración y decadencia acusarán á Inglaterra, diciendo que la empujan á la política brutal de un imperialismo ciego, no las necesidades de la patria ó de la raza, sino las conveniencias

de un político funesto que ha encontrado en la política la mejor Bolsa de sus especulaciones financieras; que en la guerra del Transvaal ha demostrado la desorganización de sus ejércitos y la ineptitud de sus caudillos que aun no han logrado dominar á un enemigo microscópico, teniendo que recurrir al cruel procedimiento de los *reconcentrados*, sin haber aprendido en la enseñanza de nuestras guerras coloniales, y otorga en cambio rentas y pairias á sus generales fracasados, olvidándose de Wellington y Nelson; que en el Extremo Oriente, con torpeza inexplicable, cede el paso á la omnipotente Rusia, que la arrolla en su camino con la sola amenaza de su fuerza; que en el seno mismo de la patria, Irlanda pide su independencia con acentos de odio y de venganza, ante el mundo maldiciendo de su madre. Y sin embargo, el pueblo inglés es grande.

De degeneración y decadencia acusarán á Austria, diciendo que no tiene un solo genio de esos representativos, simbólicos del alma de una raza, un Shakespeare, un Homero ó un Cervantes; que los pueblos que la constituyen, unidos únicamente por los lazos de un respeto moral, esperan sólo la muerte de un anciano para romper los vínculos de su unidad nacional, agitándose en el seno de la patria la idea de la fusión con Alemania y la disolución del Sacro Imperio. Y sin embargo, la nación austriaca es grande.

De degeneración y decadencia acusarán á Rusia, diciendo que empeñada en la ciega tradición del despotismo, ahoga con el látigo la libre voz de los estudiantes y excomulga con el Sínodo la evangélica palabra de Tolstoi; que se niega á dar derechos á su pueblo, sometiéndolo á una brutal servidumbre, gobernado inicualemente por una administración siberiana tan cruel como corroída. Y sin embargo, el pueblo ruso es grande.

De degeneración y decadencia acusarán á Alemania, diciendo que, rompiendo su tradicional política de ariete, va cambiando cual veleta, desmintiéndose á sí misma, amenazando ayer con una guerra á su rival Inglaterra y abandonando hoy á sus trágicos destinos al heroico pueblo boer desengañado; que los oficiales de su ejército, que hieren impunemente á los pacíficos ciudadanos en las calles como castigo á su falta de humildad, esperan

inútilmente la ocasión del heroísmo, condenados desde hace más de treinta años á la burguesa inacción de los cuarteles. Y sin embargo, el pueblo alemán es grande.

De degeneración y decadencia, en fin, se podrá acusar á España porque su Ejército y su Armada entregaron en Santiago y en Cavite á un pueblo de negociantes los restos últimos del imperio colonial más grande que conocieron los hombres. Y sin embargo, á pesar de todo eso, España es grande porque las razas no mueren cuando no se proponen el suicidio, porque su espíritu es eterno como Cristo, que al morir en el Calvario nació á la vida infinita, simbolizada más tarde con divinos caracteres en el Lábaro inmortal de Constantino.

EL REPARTO DE LA CHINA

Don Sinibaldo de Mas, en su notable obra *La Chine et les puissances chrétiennes*, dice que el pueblo chino es un coloso que duerme y está llamado á despertar; que el Imperio del Medio encierra en sí todos los elementos necesarios para convertirse en una nación más que colosal, si las ideas de progreso llegan á ser adoptadas, siendo de temer que el día en que se fuerce á la China á hacerse un pueblo militar se convierta en una potencia formidable, razones todas por las que sería necesario para Europa que este Imperio se dividiese en tres ó cuatro grandes reinos.

Esta teoría del reparto de la China para evitar que un día aplaste á Europa, es la antítesis de la otra que sostiene que la China es un cadáver cuyos despojos deben ser repartidos en lótes proporcionales entre las grandes potencias.

En cuanto á la frase hecha, *el peligro amarillo*, últimamente resucitada por M. d'Estournelles, con motivo de la intervención en China de las tropas francesas en los últimos acontecimientos, con lo que el diplomático y político francés ha señalado á su patria el riesgo que supone para Europa el abrir á la China los caminos de la civilización, exponiéndose á ser aplastada en breve plazo por esa masa monstruosa que se llama el Imperio del Me-